

ta de tanta sangre, y retardar indefinidamente el triunfo de la República.

Sólo el General en Jefe, imparable y sonriente, no parecía impresionado por aquella nueva.

Es que durante la guerra de Reforma tantas veces había fustigado con su espada la espalda del Lugar-teniente del imperio, que sólo podía despreciarlo.

El General Díaz convocó una junta de guerra en la cual todos los Jefes republicanos compitieron en rasgos de valor y patriotismo.

En esa junta el General en Jefe, después de presentar todos los peligros que había en levantar el sitio, propuso el asalto inmediato de la plaza.

Alatorre, lleno de entusiasmo, se puso en pié, aceptando el plan, que fué aprobado por aclamación. Es que la suerte estaba echada, y allí era preciso vencer ó morir.

En el campo, sin embargo, se ignoraba la resolución tomada por los Generales, por haber guardado éstos una profunda reserva.

Hasta creyeron muchos que se levantaba el sitio, sobre todo al ver que algunos carros se movían colocándose tras el cerro de San Juan.

Los imperialistas al ver aquellos aprestos no podían disimular su gozo, tal vez por haber sabido también la aproximación de Márquez.

En la noche del día 1º de Abril, cerca de las 12, el General Alatorre, en Jefe de la primera División de infantería, dictaba por acuerdo del General Díaz las disposiciones necesarias.

Se señaló al General Cravioto el asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla, al General Carrión el de las trincheras de las calles de Belem é Iglesias, y el de la brecha abierta en la manzana de Malpica: á Mier y Terán las de la calle de Miradores: á Carbó que se posesionase del Noviciado, y á Carlos Pacheco, que sólo era entonces Comandante de Batallón, que tomase la trinchera de la Siempreviva.

El General Juan C. Bonilla debía asaltar el parapeto del costado de San Agustín, en tanto que Figueroa, Andrade, Leon, Vazquez Aldama y otros Jefes debían hacer igual movimiento por el Oriente de la ciudad.

Alatorre con la reserva debía ocurrir al punto donde fuera preciso el auxilio.

Trece eran las principales columnas dispuestas para aquel ataque general, que tenía la insensatez del heroísmo.

La noche se pasó en un silencio profundo, los sitiadores inmóviles en las sombras sin saber lo que iba á pasar, y los sitiados aguardando con excesiva vigilancia, como si adivinasen el peligro.

A las tres y media de la mañana del día 2 una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

Era la señal del asalto.

Al verla, los Jefes de las columnas lanzaron éstas, terribles, indomables sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan continuo, que apenas se escuchaba la detonación incesante de seis mil fusiles.

La ciudad parecía alumbrada por un volcan, á la vez que sobre ella se levantaban la gritería de los combatientes, el sonido de los clarines y los lamentos de los heridos.

Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que saltaban éstas, matando á sus defensores.

En Belem murió Rodriguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vazquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban.

Bonilla barrió con la bayoneta al enemigo que en número superior quiso detenerlo; Figueroa venció cuanto obstáculo le opusieron los imperiales, á la vez que Doroteo Leon llegaba casi á la plaza y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó.

En la calle de la Siempreviva la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de balas y metralla, arrastró á sus soldados marchando al frente de

ellos; fué herido, pero volvió á la carga: adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse, hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera.

Tendido en una camilla saludó Pacheco á sus tropas, victoreó á la República y fué conducido al hospital, donde sufrió una doble amputación, en un brazo y una pierna.

Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aún duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en la Merced que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Cármen que resistió más tiempo aún.

Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos y los asaltantes que primero penetraron al recinto fortificado atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándolos á sucumbir.

Por fin, á las primeras luces de la mañana todas las columnas diezmadas por el cañon y la bayoneta, se agrupaban en la Plaza de Armas de Puebla en torno del General Díaz, que acababa de dar á la Patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.



SAN LORENZO  
(10 de Abril de 1867).